

Lo que no es la moralidad (*)

A. MacINTYRE

Los filósofos morales contemporáneos se han dedicado a enumerar las características distintivas de las expresiones morales. Me interesa proponer una tesis diametralmente opuesta respecto a dichas características. Suele defenderse que la esencia de las valoraciones morales es que son universalizables y prescriptivas, y ésta es justamente la tesis que voy a rebatir.



ALBERTO URDIALES

¿Son los juicios morales esencial y necesariamente universalizables? La afirmación de que lo son está expresada en su forma más ilustrativa en el artículo de Hare sobre «Universalizabilidad». Hare toma su terminología del artículo de Gellner sobre «Lógica y Ética», donde el autor distingue entre lo que llama valoraciones de tipo U y valoraciones de tipo E.

Una valoración de tipo U es una aplicación de «una regla totalmente desprovista de cualquier referencia personal, una regla que sólo contiene predicados (descripciones) y términos lógicos». Una valoración de tipo E es la que contiene alguna referencia personal de la que no se puede prescindir. La tesis de Hare es que los juicios morales son valoraciones de tipo U. Dar una razón de una acción no es necesariamente comprometerse con tal valoración, «pues no

(*) Este texto está tomado de *The definition of morality*. G. Wallace y A.D.M. Walker (Eds.), Methuen, Londres 1970. No obstante, este texto ya aparece en su *Philosophy* en 1957 como «What morality is not».

veo ningún fundamento en el lenguaje ordinario para reducir el término "razón" a razones que impliquen reglas del tipo U». Pero Hare llega a decir que esta tesis es analítica en virtud del significado del término «moral».

Para aclarar lo que ello significa, Hare imagina el siguiente diálogo que podría entablarse entre un kantiano (K) y un existencialista (E).

- E. No debes hacer esto.
- K. Así que crees que no se deben hacer este tipo de cosas.
- E. No creo nada sobre el tipo; sólo digo que *tú* no debes hacer *esto*.
- K. ¿Ni siquiera implicas que una persona como yo en circunstancias de este tipo no debe hacer este tipo de cosas cuando las otras personas implicadas son del tipo de personas que son?
- E. No: Sólo digo que *tú* no debes hacer *esto*.
- K. ¿Estás formulando un juicio moral?
- E. Sí.
- K. En ese caso no entiendo el uso que haces de la palabra «moral».

Hare comenta respecto a este diálogo lo siguiente: «La mayoría de nosotros quedaría tan desconcertado como el kantiano; e indudablemente nos sería difícil ponernos a pensar en *un* uso *cualquiera* de la palabra "debes", moral o no moral, en el que las observaciones del existencialista resultaran comprensibles. Si el existencialista hubiera dicho "no hay que hacer esto", en lugar de "tú no debes hacer esto", quizás el kantiano no hubiera tenido ninguna observación que hacer; esto ilustra una de las principales diferencias entre "debes" y los imperativos ordinarios.»

La idea central de Hare es que siempre que alguien dice «tú, él o yo debemos hacer esto y aquello» se compromete con la máxima «debemos hacer esto y aquello». Este compromiso se halla implicado en el significado de la palabra «debemos» en la medida en que «debemos» se use moralmente; y Hare dice incluso que en los usos no morales de «debemos» también sucede igual.

¿Pero es esta afirmación correcta de hecho? Consideremos el siguiente ejemplo tomado de Sartre. Un alumno de Sartre se enfrentó durante la Segunda Guerra Mundial a la alternativa de dejar Francia para unirse a De Gaulle o quedarse a cuidar a su madre que se encontraba sola. Sartre utiliza este ejemplo para argumentar que no hay ningún criterio «objetivo» por el que se pueda hacer la elección. Parte de la fuerza de su argumento es ésta. Todo el que se enfrente con esta situación debería elegir entre irse o quedarse sin pretender legislar para todo el que se enfrente en una situación similar. Debería decidir qué hacer sin pretender que otro que elija de otra forma sea merecedor de censura. Debería legítimamente enunciar su elección diciendo: «he decidido que debo quedarme con mi madre». Si lo hace así, su uso de «debo» no expresaría ninguna apelación a un principio universalizable. No sería una valoración de tipo U, pero sería una valoración moral.

Habría que decir dos cosas de este ejemplo. La primera se refiere a la función de la expresión «debo hacer esto y aquello» cuando se usa para enunciar una decisión en un caso como el del alumno de Sartre. Su uso nos compromete claramente con la posibilidad de que si no hacemos lo que decimos que debemos hacer, seamos censurados. Se trata de un uso *ejecutivo* de «debo» en el que su uso nos responsabiliza de ejecutar una acción, y no otra alternativa. Señalar esto nos permite superar el asombro de Hare ante el tratamiento que el existencialista hace de la cuestión en el diálogo que somete a nuestra consideración. Pues en este sentido no universalizable de «debo» nunca se podría decir «tú no debes», sino solamente «yo no debo». Decir «no debes» y suponer que habías usado el verbo «deber» en este sentido, sería tan extraño como decir «tú prometes» y suponer que nos hemos comprometido, por eso, con otro a cumplir una promesa.

Lo segundo que podría decirse es que cabría argumentar que la verdadera posibilidad de que se plantee un problema como el del alumno de Sartre presupone la aceptación de ciertas máximas universalizables como principios morales. Si el alumno de Sartre no hubiera aceptado las máximas «debemos asistir a los padres cuando éstos lo precisen» y «debemos ayudar a la patria cuando ésta lo necesite», no habría existido el problema. Lo importante es que el choque entre los dos principios no necesita resolverse reformulando uno de ellos o formulando un tercero. El choque podría resolverse así. El alumno de Sartre podría haber actuado según la máxima «los deberes para con los padres prevalecen siempre sobre los deberes para con la patria». De haberlo hecho así, no sólo habría legislado para su caso sino para cualesquiera otras situaciones similares. Pero para tomar su propia decisión no necesita legislar así. Ahora bien, parece que es una consecuencia de la postura de Hare que si la decisión entre los principios ha de ser una decisión moral, ésta ha de apoyarse en la adopción de una máxima universalizable. A la luz del ejemplo de Sartre, esto sólo se podría defender mediante una restricción a priori del uso de la palabra «moral». Sin embargo, tal restricción no sería simplemente una restricción del uso que hacemos de una palabra; pues adoptar el uso que hace Hare de la palabra «moral» supondría aceptar una forma única de resolver conflictos de principio (la de formular un nuevo principio o reformular uno de los anteriores) que se consideraría como una solución genuinamente moral a un problema moral; mientras que la otra forma (la de la decisión no universalizable a la manera de Sartre) quedaría excluida de la esfera de la moralidad.

Hacer esto supone abiertamente algo más que ofrecer un análisis descriptivo del significado del término «moral». Es trazar una línea divisoria en torno a un área de expresión y de conducta morales y restringir el término a ese área.

De esto se pueden extraer dos conclusiones. La primera es que sólo algunas valoraciones morales son universalizables. Lo que hace a Hare insistir en

que todas lo son es que se concentra exclusivamente en las reglas morales. Pues las reglas, sean o no sean morales, son normalmente universales en cualquier caso por el simple hecho de que son reglas. Como Isaías Berlín ha escrito en otro contexto: «En la medida en que las reglas son instrucciones generales a actuar o a abstenerse de actuar de ciertas formas en circunstancias específicas, mandadas a personas de un tipo específico, prescriben una conducta uniforme en casos idénticos.» De ser así, no hay nada en la universalizabilidad que especifique a una valoración moral y en la medida en que las valoraciones morales no son expresiones de reglas no son universalizables.

La segunda conclusión es que las excepciones no son sólo casos análogos a los del alumno de Sartre. Se puede registrar una amplia serie de casos en los que las valoraciones morales no son universalizables. En un extremo estarían aquellos casos en que al adoptar una posición moral el individuo se abstiene conscientemente de legislar para los demás aunque podría haberlo hecho; en que un hombre dice, por ejemplo: «debo abstenerme de participar en la guerra, pero no puedo criticar ni condenar a los no pacifistas responsables», pero podría haber dicho: «debemos abstenernos de participar en la guerra». En un caso así, estamos ante una cuestión moral tanto si se hace un juicio universal como si se hace otro meramente personal. El hecho de que un hombre podría abstenerse de legislar para ningún otro que no fuera él mismo sobre fundamentos morales (quizás sobre la base de que hacerlo sería incurrir en arrogancia moral) podría bastar para demostrar que no toda valoración moral es universalizable. O también que —una vez más— esta tesis sólo se puede mantener por una restricción apriorística y bastante injustificable de la palabra «moral». Con otras palabras, un hombre podría conducir su vida moral sin el concepto de «deber» y sustituir éste por el concepto de «mi deber». Y una moralidad privada de este tipo seguiría siendo una moralidad.

Sin embargo —y más corrientemente—, se dan juicios morales no universalizables cuando un hombre descubre que el concepto de «deber» tiene limitaciones que le inutilizan en ciertas situaciones de perplejidad moral. Éste es el caso del alumno de Sartre. Y tales son los casos, en el otro extremo de nuestra escala, en que no se pueden universalizar las valoraciones morales, en que es lógicamente imposible universalizar.

Tal es el caso de lo que los teólogos llaman «obras de supererogación». Una obra de supererogación no está incluida por definición entre los deberes normales de la vida. Estos deberes (mantener las promesas, pagar nuestras deudas, por ejemplo) se caracterizan parcialmente por el hecho de que las máximas que las prescriben son universalizables. Pero hay una gran cantidad de actos morales que no entran dentro de su ámbito: podemos ser virtuosos en el sentido de que la virtud es exigible a todos sin ser moralmente heroicos. Un héroe moral es el que hace más de lo que le exige su deber. En el sentido universalizable de «deber» no tiene sentido, pues, afirmar que un héroe moral

hizo lo que debía hacer. Decir de un hombre que ha cumplido con su deber al realizar una obra de supererogación es en sí mismo contradictorio. Aún más, un hombre puede emprender la tarea de realizar una obra de supererogación y comprometerse con ella de forma que se autocensuraría si dejara de hacerla, sin ver razón alguna de que otros se censuren por haber fracasado en igual empresa. Un hombre así podría decir legítimamente: «He considerado que esto y aquello es lo que debo hacer.» Y, en tal caso, su valoración no puede universalizarse lógicamente.

Es crucial para el argumento de que la universalizabilidad no es una característica esencial de toda valoración moral distinguir entre el uso de la primera y de la tercera persona de la valoración moral. Antes de que se pueda entender plenamente la fuerza de esta distinción, es necesario, sin embargo, preguntar cuál puede ser la función de la valoración moral. El argumento que desarrollaré ahora es que hay una gran variedad de usos en los que se puede emplear un enunciado moral, ninguno de los cuales puede pretender el título de «la» función de la valoración moral por excelencia. Resultará útil enumerar algunas de las tareas que puede cumplir hasta una forma tan familiar de juicio moral como «X debe hacer Y».

I) La expresión de una emoción —de indignación, por ejemplo— violenta o débil. Ésta es una función característica de los usos en tercera persona. «Debe proceder con energía», decimos encolerizados, aunque podríamos dudar en aconsejarle diciendo «debes proceder con energía»; y si lo hiciéramos, estaríamos aconsejándole en lugar de expresar una emoción.

Es evidente que podríamos decir «debe proceder con energía» sin ningún tipo de emoción y estaríamos presumiblemente prescribiendo un curso de acción. Si hiciéramos esto, nos encontraríamos comprometiendo con el consejo «debes proceder con firmeza» aunque de hecho nunca hubiéramos dado este consejo. Esto trae ya a colación cómo palabras que tienen la misma forma pueden tener un uso bastante diferente en enunciados morales. Los emotivistas que dicen que la función de un enunciado moral es expresar exclusivamente una emoción formulan una verdad a medias.

II) La expresión de mandatos o exhortaciones. Esto es evidentemente un uso en segunda persona. Como Stevenson en *Ética y Lenguaje* apuntó, podemos decir a menudo (a un niño, por ejemplo) «no debes hacer eso» significando simplemente una indicación de la importancia que se da al imperativo (un refuerzo del imperativo), como podría ser el mandato que se da al niño.

III) La valoración y acciones. Podemos, igualmente, valorar acciones pasadas, presentes y futuras, nuestras o de otros, en presencia de éstos y sin estar ellos delante. Este es uno de los usos más generales del verbo «deber» en distintos tiempos o personas. Cuando se usa el verbo «deber» con el propósito de valorar, difiere de «bueno» en que no admite comparativos y superlativos.

«He hecho lo que debía haber hecho» o «he dejado de hacer lo que debía haber hecho» son los dos únicos veredictos posibles.

IV) Dar un consejo. Esta es una forma genuinamente prescriptiva de enunciado moral. Es también una función en la que genuinamente se emplean máximas universalizables. Pues cuando aconsejamos a alguien que haga algo lo hacemos en virtud de ciertas características de la clase de acción recomendada. Ahora bien, aunque podría parecer que éste es un uso del verbo «deber» que concuerda perfectamente con el análisis de Hare, hay algo que habría que señalar: que dar un consejo es siempre una cuestión de enunciado en segunda persona. De forma que mientras «debes hacer esto y aquello» puede expresar una prescripción universalizable cuando se ofrece como consejo, está claro que «debo hacer esto y aquello» no puede funcionar de la misma manera, pues no podemos aconsejarnos a nosotros mismos.

V) Persuasión. Mucho ha dicho Stevenson sobre esto. Lo único, pues, que cabe decir es que una de las finalidades de esta enumeración de usos del verbo «deber» es la de impedir que se restrinja, como hace Stevenson, su función a una sola.

VI) La expresión de nuestros propios principios. Este es el uso más característico del verbo «Deber» en primera persona. Pero no creo que la gente diga muy a menudo «debo hacer esto y aquello», y normalmente cuando lo hacen sospecho que lo que suelen decir es «debo hacer esto y aquello, pero...» o «no sé lo que debo hacer respecto a esto y aquello». Con otras palabras, el verbo «deber» se usa también para expresar duda y perplejidad e indudablemente tanto como para expresar enunciados morales.

Esta relación incompleta de los usos del verbo «deber» en frases sencillas como «X debe hacer Y» cumple un objetivo principal: hasta la fecha la filosofía moral ha dicho insuficientemente lexicográfica. Incluso una enumeración parcial de las diferencias ya señaladas entre los usos del verbo «deber» en primera, segunda y tercera persona, nos ha de hacer tomar conciencia de la necesidad de presentar una serie más amplia de modelos de análisis que los ofrecidos hasta la fecha por cualquier escritor contemporáneo. Dejemos ahora esta cuestión.

Podría decirse que la esencia de los juicios morales es su impersonalidad. Cuando juzgamos moralmente la esencia de la cuestión consiste en que «no hacemos excepciones a nuestro favor» (Kant), que el agente moral debe «salir de su situación privada y particular» (Hume). Cuando el agente moral juzga una acción, juzga por ello lo que cualquiera habría de hacer en esa situación o en otras relevantemente similares. Cuando valora la acción de otro, se compromete en consecuencia a decir que cualquier otro y a fortiori debe obrar así. Cuando decide cómo actuar, se compromete en consecuencia con una valoración de cualquier acción similar hecha por cualquier otro. Así, la valoración, el consejo y la decisión práctica están inexorablemente ligadas entre sí. Pero de

las tres la decisión práctica ostenta la primacía; valorar la acción de cualquier otro es decir cómo debería haber actuado y aconsejar es decir a otro cómo actuar.

El lenguaje moral, o por lo menos el verbo «deber», se emplea por excelencia para guiar la acción. De esta forma, el argumento saca a relucir la interconexión que tiene la pretensión de que los juicios morales son esencialmente universalizables y la pretensión de que son esencialmente prácticos y prescriptivos. Su fuerza queda ulteriormente de manifiesto al observar una consecuencia que Hare extrae de la conclusión de este argumento.

Hare arguye que decir que un hombre sostiene un principio moral es decir que, por lo menos en algunas ocasiones, actúa de acuerdo con él. Un hombre que afirma creer en el mantenimiento de las promesas pero habitualmente las quebranta no sostiene realmente el principio de que debemos mantener las promesas, según Hare. Quienes han puesto objeciones a esta afirmación han apuntado generalmente al problema de la *acrasía*, arguyendo que si Hare estuviera en lo cierto no se daría el caso del hombre que obra de un modo radicalmente inconsistente con sus principios. Pero esta objeción no tiene en cuenta la forma en que se establece a nivel teórico la noción de consistencia dentro de este argumento.

Tomemos el ejemplo de un hombre que valora las acciones de acuerdo con un modelo y que guía su conducta con otro. Esto difiere del caso del hombre que es culpable de debilidad de voluntad, pues la conducta de dicho hombre es consistente con sus principios, o más bien con el conjunto de principios que usa para guiar su conducta. Simplemente tiene dos conjuntos de principios. Esto suele condenarse recurriendo a la máxima «practica lo que predicas», que se utiliza también evidentemente para condenar la debilidad de voluntad. Si desaprobamos la inconsistencia entre las valoraciones y los principios de conducta —y porqué lo hacemos—, condenamos a un hombre así. Pero mientras que tal inconsistencia puede ser moralmente objetable, no resulta ininteligible, y el hecho de que se pueda captar el grado en que se revela moralmente objetable demuestra que no es ininteligible. Incluso según el argumento antes expuesto así es como ha de ser. Pues si el significado de la valoración «debía haber hecho *y*» es incluso en parte «debía haber hecho *y* en aquellas circunstancias» (interpretado como «ésta es la máxima por la que debería haber valorado mi conducta»), entonces el hombre que afirma que valora según un conjunto de principios pero actúa según otro habla de un modo ininteligible.

Con otras palabras, el punto de vista que estoy criticando establece una consistencia entre las valoraciones y los principios de una exigencia lógica de conducta. El hecho de que esos principios han de ser consistentes se basa en el significado de términos como «debe». Pero el requisito de la consistencia es de hecho una exigencia moral, no una exigencia lógica. Censuramos tal vez a un

hombre por su inconsistencia moral, pero no vemos que lo que dice carece de significado. Las valoraciones y los principios de conducta son independientes lógicamente, aunque en una moral liberal se exige que sean moralmente interdependientes.

Y ahora podemos entender por qué conceden un lugar tan central a la universalizabilidad aquellos filósofos cuyos análisis se aplican a los conceptos de la moral liberal. Pues la exigencia de que todo el mundo ha de ser juzgado por el mismo patrón (la contrapartida moral del principio político de que todo el mundo ha de contar como uno y nadie como más de uno) en el sentido de que todo el mundo ha de juzgar a todo el mundo restante según el patrón por el que se juzga a sí mismo es tan básico en la moralidad liberal que pasa de ser una exigencia de la moralidad a ser una exigencia de la lógica. Simplemente no forma parte del término «moralidad» el que las valoraciones morales son universalizables, pero los liberales tienden a usar el término «moralidad» de modo que forme parte de su significado.

Traducción de
Enrique López Castellón